

Gerión
Vol. 20 Núm. 2 (2002) 585-592

ISSN: 0213-0181

La controversia historiográfica en torno al fin de la Edad Antigua

GONZALO FERNÁNDEZ
Universidad de Valencia

Con las doctrinas que aluden al término de la Edad Antigua pueden efectuarse tres grupos. El primero se halla constituido por aquéllas que lo relacionan con las luchas de cristianos contra paganos. Forman el segundo las hipótesis que lo unen a las trayectorias de ambos sectores del Imperio Romano en los siglos IV, V y VI d.C. El tercero abarca las ideas que lo vinculan a la génesis del Islam y sus consecuencias.

I. EL FIN DE LA ANTIGÜEDAD Y LA EXTIRPACIÓN DEL PAGANISMO

Contempla a su vez dos corrientes que sitúan el término del mundo antiguo en los años 325 y 529 de la Era Cristiana:

I.1. El Concilio de Nicea de 325 d.C. y el fin de la Edad Antigua

Los eruditos renacentistas pusieron el final de la Edad Antigua en el concilio de Nicea de 325. A su parecer aquella asamblea supone la victoria cristiana sobre la *vetus religio*. Modernamente esta hipótesis ha sido asumida por la *Historia Universal* editada por la Universidad de Cambridge. Así la *Cambridge Ancient History* acaba con la reunificación del Imperio por Constantino I tras la batalla de Crisópolis de 324 mientras que la *Cambridge Medieval History* principia con el antedicho sínodo niceno del siguiente año.

Esta teoría puede rebatirse con facilidad. El concilio de Nicea de 325 no destruye el paganismo. Incluso a fines del siglo IV la *religio patrum* tiene más fuerza que en los albores de la centuria. Lo prueban varios acontecimientos: la querrela entre Ambrosio de Milán y Quinto Aurelio Símaco por la retirada de la estatua de la Victoria de la sala de sesiones del Imperio Romano y el hambre que azotó la Urbe en 383 interpretada por Símaco como una venganza de los dioses por aquel sacrilegio; los sucesos habidos en Alejandría en 391 (arrasamiento del *Serapeum* por el obispo Teófilo) y 392 (tardanza en la crecida anual del Nilo que los paganos reputan castigo divino por el desafuero cristiano del año anterior); la usurpación de Eugenio en las postrimerías del reinado de Teodosio I considerada un renacimiento pagano por el susodicho Ambrosio de Milán (*Ep. LVII*, 6), Rufino de Aquileya (*Hist. Eccl.* II, 33) y Paulino (*Vita Ambrosii* 26); y el nombramiento que Antemio hace en 470 del filósofo pagano Severo para que desempeñe el consulado (GEFFCKEN, 1929, 152). El paganismo grecorromano sobrevive hasta una fecha tan tardía como el reinado en Bizancio de Alejo I Comneno (1081-1118) en cuyo transcurso los monjes de la Isla de Patmos destruyen una estatua a la que los lugareños daban culto.

I.2. El fin de la escuela neoplatónica de Atenas en 529 d.C.

Los historiadores de la filosofía acostumbran a situar en el año 529 de la Era Cristiana el término de la especulación filosófica propia de la Antigüedad. En aquel año Justiniano I retira a los paganos la facultad de enseñar. Ello ha inducido a algunos tratadistas a defender que el bienio 529-530 supone el tránsito del mundo antiguo al medieval con la referida medida justiniana y la fundación del Monasterio de Montecasino por Benito de Nursia en 530.

Esta hipótesis tampoco puede admitirse con arreglo a sus efectos en Atenas y Alejandría que suponen los principales centros especulativos de la época. Ambos cristianizan sus tareas con las obras del Pseudo-Dionisio Areopagita y Juan el Gramático (mal llamado Juan Filópono) pero sus temáticas no muestran novedad alguna respecto a los anteriores filósofos cristianos. Además Atenas contempla en 529 el cierre de sus escuelas estoica y sofista (incompatibles con las creencias cristianas) pero no la neoplatónica. Esta última hace compatibles sus postulados con la religión cristiana gracias al Pseudo-Dionisio. No sólo siguen sus actividades hasta

el siglo VIII sino que en 543 acoge a los últimos filósofos paganos exiliados en la Persia Sasánida once años antes y quienes se benefician de no extenderse a Atenas las medidas antipaganas de Justiniano I de 542 y 545 que sólo atañen a los altos funcionarios de la sociedad constantinopolitana y al impulso dado por el emperador a la misión minorasiática de Juan de Efeso.

II. EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LA TRAYECTORIA DE AMBOS SECTORES DEL IMPERIO EN LOS SIGLOS IV, V Y VI D.C.

Aquí se enmarcan cuatro hipótesis. La primera ubica el fin del mundo antiguo en 395 d.C. con el reparto del Imperio a la muerte de Teodosio I entre Honorio y Arcadio. Este acontecimiento representaría la definitiva *partitio Imperii* que no volvería a reunificarse según sus defensores. Es curioso que esta doctrina tuviese importancia desde el punto de vista administrativo pues el reglamento de estudios decretado en 1838 por la Monarquía de Julio en Francia ordenaba el término en este momento histórico de las enseñanzas sobre la Antigüedad y el inicio de la docencia alusiva a la Edad Media.

La segunda hipótesis emplaza el fin de la Antigüedad en 410 d.C. con el saqueo de Roma por Alarico. Fue la primera que saltó a la palestra académica al defenderla Flavio Biondo en el siglo XV. La tercera es la más generalizada. Corresponde su autoría a B. G. Niebuhr. Localiza el final de la Edad Antigua en 476 d.C. con motivo de la destitución de Rómulo Augústulo, postrer titular del Imperio Romano de Occidente. Por último E. Stein preconiza que la política de Justiniano intenta devolver al Imperio Romano su primitiva integridad territorial tal fue como advertido por Jorge Cedreno (*In laudem Iustiniani* 1). El fracaso de tal empeño motiva la génesis de la Edad Media.

Primero voy a refutar las teorías que colocan el término del mundo antiguo en 395 y 476. La división del Imperio entre Honorio y Arcadio supone una más de las muchas divisiones y reunificaciones del territorio imperial que principian en 161 d.C. con el reparto habido entre Marco Aurelio y Lucio Vero. Precisamente la deposición de Rómulo Augústulo en 476 sólo es una nueva reunificación a favor del emperador Zenón. La autoridad teórica de Zenón y sus sucesores constantinopolitanos sobre todas las viejas

provincias del Imperio nunca es puesta en duda por los monarcas germánicos instalados en ellas. Esto se observa en algunas acuñaciones monetarias de los reyes merovingios que llevan en el reverso el retrato del emperador constantinopolitano de turno. En lo que concierne al saqueo de Roma por Alarico en 410 sus efectos son más psicológicos que reales por más que cristalizaran en la redacción de *La Ciudad de Dios* de Agustín de Hipona. Sus consecuencias (estrictamente psicológicas) pueden equipararse a la derrota de los tercios en Rocroi (1643) o del general francés Dupont en Bailén (1808): aunque una historiografía de sesgo nacionalista se empeñe en afirmar lo contrario, los derrotados en Rocroi rehacen las fortalezas del sur de Flandes que los franceses no se atreven a sitiar y la posterior llegada de Napoleón a España ocasiona desde el punto de vista militar un palmarés de brillantes victorias para sus ejércitos y bajo la óptica civil los primeros frutos del reformismo josefino. Ningún período histórico nuevo se inicia en 470, 1643 o 1808. En cuanto a la hipótesis de Stein veremos, a la hora de enjuiciar la supuesta metamorfosis del Imperio Bizantino en una estricta basileia griega, tras la muerte de Heraclio en 641, que los emperadores de Oriente continúan teniendo interés por el Mediterráneo Central al menos hasta 688.

III. TEORÍAS QUE VINCULAN EL TÉRMINO DE LA ANTIGÜEDAD A LA GÉNESIS DEL ISLAM Y SUS CONSECUENCIAS

El primero que las defiende es H. Pirenne. Aparecen por vez primera en 1922, entre las páginas 77 y 86 del número 1 de la *Revue belge de philologie et d'histoire*. Su autor las dio una forma más perfecta en el libro *Mahomet et Charlemagne* que se edita póstumamente en 1937.

Pirenne estima que la Romanía (o cultura basada en la filosofía griega, el derecho romano y el cristianismo) perdura hasta el siglo VII de la Era Cristiana al sobrevivir el comercio a lo largo y ancho del Mediterráneo que sólo se rompe con la conquista islámica de ese mar. Por lo que a la Galia se refiere, la conquista árabe de Cartago en 698 señala la ruina de Marsella y la quiebra de la romanidad. Con estos sucesos los estratos dirigentes galorromanos y merovingios, orientados hacia el Mediterráneo, pierden su horizonte medieval y son sustituidos en su tareas rectoras de la sociedad por aquellas aristocracias escasamente romanizadas que provienen del

norte de la Galia y Germania. El resultado de todo este proceso histórico es el Imperio de Carlomagno, inimaginable con anterioridad y provisto de una absoluta naturaleza germánica, que marca el verdadero inicio de la Edad Media. P. Brown matiza la presente hipótesis en base a que la guerra por el control del Mediterráneo no acaece entre el Islam y Europa sino que se desenvuelve desde época aqueménida a manera de una tentativa por el mundo mediterráneo de constituir una franja independiente de cualquier imperio euroasiático (Brown, 1982, 56).

Un eco de la teoría de Pirenne es aquella que defiende la metamorfosis del Imperio Oriental en una basileia griega tras el fallecimiento de Heraclio en 641. Con arreglo a sus defensores los avances del Islam garantizan de modo contradictoria la pervivencia del Imperio Romano de Oriente. De una parte le hacen perder las zonas más conflictivas de etnias no griegas y dominadas por directrices cristianas opuestas al Patriarcado Ecuménico de Constantinopla. Pero por otro le obligan a concentrarse en las zonas de lengua y cultura helenas y fieles a los patriarcas constantinopolitanos en sus creencias. Ello otorga al Imperio Bizantino una supervivencia de más de 800 años. Sin embargo el fallecimiento de Heraclio no conlleva un olvido del Mediterráneo Central. Lo prueba Constantino II, su sucesor hasta 688, quien coloca el campamento militar en Siracusa con el anhelo de salvar el África bizantina del avance islámico. La aventura siracusana de Constantino II es la respuesta del Imperio Romano de Oriente a las conquistas por el Islam de Egipto (639-642) y las provincias bizantinas de Tripolitania y Cirenaica (647).

A mi parecer debe retrasarse el fin de la Edad Antigua hasta el período de tiempo comprendido entre 717 y 762. Así pues es necesario introducir el califato omeya dentro de la Antigüedad. Ello se infiere de varios hechos. En primer término la política exterior de los omeyas pretende el dominio por el Islam de todo el antiguo Imperio Romano para lo que eran requisitos imprescindibles acabar con el Imperio Bizantino y las monarquías germánicas del Occidente Europeo. Así se explican los tres asedios infructuosos de Constantinopla (668-669, 674-678 y 716-717), la conquista del norte de África (la gran cabalgata hacia el Atlántico de las posteriores narraciones árabes) y su apoderamiento del Reino Visigodo de Toledo que culmina con las tomas de Narbona (720) y Carcasona (725). En segundo lugar los omeyas copian el ceremonial palatino de Constantinopla, lo que ya fue advertido por el cronista bizantino Teófanos. El emplazamiento de su capitalidad en Damasco habla del interés de los omeyas por el control

del Mediterráneo. El arte omeya es plenamente bajoimperial. Esta raigambre aparece en los mosaicos de la Cúpula de la Roca en Jerusalén (la impropriamente conocida por Mezquita de Omar), las lunetas de los techos de *Rhirbat al-Mafjar* o los frescos del Palacio de *Qusair' Amra*. Por último las grandes construcciones omeyas de Siria y Palestina responden a una tentativa de eclipsar las basílicas que Constantino I y Justiniano I erigieron en Tierra Santa con tan gran escándalo de algunos intelectuales paganos como Ammiano Marcelino y Zósimo.

El fracaso del sueño imperialista de los omeyas se inicia en 717 cuando se ven obligados a levantar el tercer sitio de Constantinopla. Acaba en 732 con su derrota de Poitiers ante la caballería franca de Carlos Martel. Esto causa en 747 la revuelta abbasí protagonizada por los musulmanes que no son de etnia árabe y los siis. Ambos grupos están descontentos con los omeyas por basar su poder éstos su poder en los musulmanes de etnia arábiga y, de otra parte, la génesis del régimen omeya había supuesto el nacimiento del siismo tras el fracaso de Ali, postrer representante del Califato Perfecto por su idiosincrasia de último heredero de Mahoma en línea directa.

Los abbasíes se sublevan contra Marwan II. Este había nacido en Damasco en 688. Tuvo una merecida fama de buen militar tras su paso por el gobierno de Armenia antes de suceder al califa Jezid III. Pero no pudo evitar que los simpatizantes de los abbasíes proclamaran califa a Abad bah Abul-Abas pese a haber logrado Marwan II matar a Ibrahim ibn Mohammed (coruscante miembro de la familia abbasí). En los años medios del siglo VIII los abbasíes derrotan a Marwan II en las batallas de Ispahán, Kerbelá y Arbela. Marwan, siempre perseguido por sus enemigos, huye a Palestina y luego a Egipto. Su asesinato en 756, en una iglesia cristiana de Bushir (Alto Egipto), representa el más elocuente ejemplo del trágico fin del sueño imperial y toda la cultura omeya.

El fin de este proceso se da en 762 con la fundación de Bagdad. Así pues estimo que el término *post quem* del tránsito de la Antigüedad a la Edad Media es 717 (fracaso omeya en su tercer asedio de Constantinopla) y el ante quem el año 762. Con la fundación de Bagdad se ve cómo los intereses de los abbasíes se han desplazado del Mediterráneo al interior de Asia. Al mismo tiempo la política, administración y cultura abbasíes empiezan a impregnarse de la herencia sasánida. Al alborear el siglo IX el califa abbasí Harum-al-Raschid, el mítico protagonista de *Las mil y una noches*, regala a Carlomagno un elefante. Esto supone un recuerdo de los

obsequios que otorgan a sus vasallos los reyes sasánidas y sobre todo el gran enemigo de Justiniano I Kusro I Anosharvan (Khusro I el del Alma Inmortal designado por Cosroes I en las fuentes griegas quien lleva su competitividad con Justiniano en 540 a apostar por la facción de los verdes en el hipódromo de la Antioquia recién tomada por sus tropas al saber que su rival era seguidor de los azules en el hipódromo constantinopolitano).

Los abbasíes no pretenden destruir el Imperio Bizantino. Entre ambos estados existen relaciones diplomáticas normales. De ellas se posee un botón de muestra en la embajada ante la corte abbasí del futuro patriarca Focio de Constantinopla que le permite redactar su Biblioteca o *Myriobiblion* (la mejor fuente para conocer las obras de la Antigüedad perdidas junto al Léxico de la Suda. Son hasta cierto punto similares las ocupaciones de Bagdad y Constantinopla por los mongoles de Halulu (1258) y los turcos de Mehmet II (1453). Con todo acierto señala P. Brown que Mesopotamia recupera con los abbasíes el papel central que había desempeñado en la Historia hasta la epopeya de Alejandro Magno. Asimismo dice Brown que una prueba del interés de los abbasíes por el Océano Indico, y no por el Mar Mediterráneo, se halla en las andanzas de Simbad el Marino que se desarrollan en los mares que unen directamente Basora y Cantón (Brown, 1974, 202). Pueden enriquecerse estas hipótesis del sapientísimo profesor de Berkeley con la idea de que otro cuento de Las mil y una noches, la Historia del tercer kalenda hijo de rey, recoge el tema de la montaña-imán que atrae a los bajeles para destruirlos. Este asunto aparece en algunos relatos sumerios de navegantes y llega a influir en las novelas de aventuras y más en concreto en *La esfinge de los hielos* de Julio Verne.

Pero a partir de 717 se dan también una serie de cambios en Bizancio y el Occidente Europeo que permiten aludir al comienzo de una nueva era. En Bizancio se tiene la implantación de la dinastía siria. En política exterior sus miembros inauguran una serie de alianzas contra el Islam que marcan la pauta a la política bizantina en los siglos venideros. En cuestiones domésticas consolidan la institución temática. En Asia Menor se forman 14 *themas* que reemplazan a los 4 anteriores. Con el tiempo se instalan los nuevos *themas* de Macedonia, Peloponeso, Cefalonia y Durazzo de los que los tres últimos (surgidos a comienzos del siglo IX) permiten a Bizancio retomar la iniciativa estratégica en los Balcanes.

En el Occidente Europeo el Imperio de Carlomagno presenta los siguientes rasgos diferenciadores: la aparición del orden feudal que fundamenta la soberanía en los vínculos jurídicos personales entre señores y

vasallos; las innovaciones agrícolas en el Norte de Europa por medio de la rotación de los tres campos con la siembra de primavera que, al ser inviable en el mediodía del Continente, otorga mayor productividad a las tierras norteñas en relación con las localizadas en la cuenca mediterránea; la definitiva latinización del Obispado de Roma cuyos titulares ya no serán sirios o griegos como en etapas anteriores; el desvío entre las sedes de Roma y Constantinopla; y el auge de los eclesiásticos anglosajones e irlandeses quienes serán los principales defensores de la primacía de jurisdicción (y no el mero primado de honor) que tienen los obispos romanos.

Entre 717 y 762 nace un nuevo mundo con tres regiones históricas: el Imperio Carolingio en Occidente, el Califato Islámico de los Abbasíes en Oriente y el Imperio Bizantino en medio de los dos. F. G. Maier acierta cuando dice «esta división tripartita disolvió definitivamente la unidad política, social y espiritual que había creado en la zona mediterránea el *Imperium Romanum Christianum* de Constantino el Grande y que fue temporalmente reconstruido por Justiniano» (Maier, 1972, 371).

Bibliografía

- P. BROWN (1974), *The world of late antiquity from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres (reimpr.).
- P. BROWN (1982), *Society and the holy in late antiquity*, Londres.
- J. GEFFCKEN (1929), *Der Ausgang des griechisch-römischen Heidentums*, 2.^a ed., Heidelberg.
- F. G. MAIER (1972), *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII* (*Historia Universal Siglo XXI volumen 9*), traducción española, Madrid.